

IN MEMORIAM

Semblanza de Beatriz Rabaza

El 16 de octubre de 2007 se nos fue Betty Rabaza. Tal vez su último gesto de modestia y abnegación: cuando comenzaban a prepararse, en España y en Argentina, homenajes de reconocimiento a su labor, Betty, discretamente, se retiró de la escena. Y es que uno de los rasgos notables de su vida fue el desinterés por el lucimiento propio y la capacidad, en cambio, de impulsar, de estimular, de apuntalar a los demás.

Discípula, en Rosario, de grandes maestros como Eduardo Prieto, Ramón Alcalde y Guillermo Thiele, Betty heredó de ellos la relación de interdependencia entre vida académica y compromiso ideológico-político. Por ello su carrera académica debió superar un largo ostracismo de dieciocho años (entre el golpe de 1966 y el retorno a la democracia de 1984), lapso en el que, de todos modos, su espíritu batallador no dejó de dar testimonios de vocación por los estudios clásicos, por la literatura y por la cultura en el sentido más amplio.

Su regreso a la universidad, en 1984, marcó el inicio de una etapa de intensificación y expansión de los estudios clásicos en Rosario, fruto, por cierto, no sólo de la labor de Betty, pero al que ella contribuyó decisivamente por su particular modo de enseñar los latines, sin acartonamiento, sin solemnidad, tratando de poner en contacto la vida de los textos con la vida de los alumnos. Sin duda en este propósito, que vertebraba su programa docente, está la raíz profunda de su gusto por Catulo y Cicerón, de su verdadera pasión por Plauto, transmitida a –y compartida con– sus discípulos y amigos dilectos, Aldo Pricco y Darío Maiorana.

Esa expansión rosarina se proyectó al ámbito nacional a través de la Asociación Argentina de Estudios Clásicos que, desde el Simposio de 1990, tuvo en Rosario, especialmente por el trabajo incansable de Betty y de Darío, un punto de referencia fundamental. Tampoco en eso estuvo sola, ni fue sólo de Rosario el protagonismo, pero si hubiera que ponerle un título a la

etapa de la AADEC que va de 1990 a 2006 creo que muchos coincidiríamos en llamarla la etapa de Betty y Dario.

Golpeada, como infinidad de argentinos, por el sectarismo y la discriminación tantas veces reinante en nuestros claustros, Betty transmutó su amarga experiencia de ostracismo en tolerancia ideológica, en espíritu solidario y en gozo de la amistad. Como toda naturaleza hecha para la pelea fue apasionada, e incluso arbitraria, pero puso su pasión y su ímpetu, no al servicio de intereses personales sino del interés común. Eso hizo que muchos encontráramos en ella un reconocimiento humano, natural y solamente humano, que nos alentó a sumarnos a su aventura.

Por su espíritu de lucha, por su incansable labor, por la alegría que supo encontrar en los clásicos y transmitir en sus clases y en sus estudios, por esa humanidad desbordante que tanto nos acompañó, la AADEC, a la que tantos desvelos consagrara Betty Rabaza, le rinde, desde estas páginas, el humilde homenaje del recuerdo.

Arturo R. Álvarez Hernández

Semblanza de Elena Huber

El jueves 20 de diciembre de 2007, el repentino fallecimiento de la Prof. Elena Huber causó un profundo dolor en la comunidad académica y en todos los que hemos sido sus alumnos y discípulos. Profesora y Licenciada en Letras, comenzó a trabajar como docente auxiliar del Departamento de Lenguas y Culturas Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el año 1967, departamento que la tuvo como Directora entre 1987 y 1992. Elena –como todos la llamábamos– fue discípula del profesor Eilhard Schlesinger, su admirado maestro y mentor, cuyo método de enseñanza del griego y del latín adoptó y aplicó en el dictado de sus cursos universitarios.

Desde el inicio de su carrera y respetando, como a ella le gustaba decir, el *cursus honorum*, enseñó la lengua y la cultura griegas -y también la lengua y cultura latinas- hasta obtener el cargo de Profesora Asociada regular. Su muerte se produjo cuando se tramitaba su nombramiento como Profesora Consulta, así como la recomendación del jurado de su último concurso de renovación para promoverla al cargo de Profesora Titular. Durante todos esos años de trabajo, su entrega, su pasión y la claridad de su pensamiento dejaron una huella imborrable en los miles de alumnos que pasaron por sus clases. Cabe destacar asimismo su fundante labor en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, donde en el año 1976 comenzó a dictar los cursos de Lengua y Cultura Griegas y creó y dirigió el Instituto de Estudios Clásicos de esa institución.

Fue una investigadora de primera categoría y dirigió varios proyectos de investigación en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad del Comahue, además de desempeñarse como asesora y evaluadora de numerosos proyectos de todo el país. Dirigió gran cantidad de tesis, becarios y adscriptos. Publicó numerosos trabajos, muchos de ellos en colaboración con su esposo, el Prof. Miguel Guérin. También dedicó su tiempo a la creación literaria y escribió varios libros de su género favorito, el *haiku*. Elena Huber recordaba con añoranza su estadía en Austria (1969-1970), donde tuvo la oportunidad de cursar estudios de posgrado en la Universidad de Viena. De aquella experiencia solía recordar y elogiar las clases del gran helenista Albin Lesky.

Con todo, y más allá de la riqueza de su *curriculum* académico, creemos que aquello que más amaba era enseñar. En sus clases se podía vivir la pasión con la que las impartía; desde los primeros niveles, los alumnos

admiraban su *enthousiasmós* didáctico, su fascinación por el mundo clásico y, especialmente, su carisma para interpretar y traducir la riqueza de los textos poéticos.

En suma, a lo largo de sus cuarenta años de trayectoria profesional, Elena Huber dio pruebas de sus altas calidades intelectuales a través de su reconocida excelencia en el ámbito de la labor docente, su notable desempeño en la formación de recursos humanos, y la originalidad y variedad de su producción científica.

Quienes tuvimos el honor de recolectar los avales para su nombramiento como Profesora Consulta, pudimos también percibir cuánto afecto habían generado en tantos años de trabajo su persona y sus clases, en el país y el extranjero. Y es con esa imagen con la que recordaremos siempre a Elena, gran helenista y maestra excepcional.

Emiliano J. Buis
María Inés Crespo
Elsa Rodríguez Cidre